

LA PINTURA DE RAMIRO TAPIA

Ver y ser visto

ANTONIO GALA

Cualquier enumeración sería insuficiente: no se inventaría el universo. Ciudades indecibles tachonadas de mares verticales. Ciudades cuyas cúpulas permanecen pendientes de grúas inhallables. Ciudades ascendentes, lacustres, infinitas: desiertas y al acecho. Ciudades que son un árbol solo y una sola torre, con arrabales que son un solo roble musical y silente. Árboles de la Vida inagotables. Raspas de peces soportando ciudades y enramadas y explosiones angélicas. Luminosas trepanaciones. Pelvis, que no son pelvis, surcando una atmósfera delicada y tortuosa. Crustáceos astrales e irisados. Muros, que el aire aúpa, entrechocándose en ángulos agudos —más que agudos—, apasionados por las horizontales. Palafitos nublados y rampantes. Burbujas quebrantando formas polivalentes: arquitecturas, botánicas, mineralogías. Vegetaciones pétreas sembradas por el hombre que no está. Rompimientos únicamente imaginables en la profunda entraña de las estalactitas. Eucaristías y epifanías paganas. Misteriosas constelaciones orgánicas, impasibles respiraciones, vísceras fastuosas, cactus enjorjados por dioses perdizos... Todos los elementos de la cosmogonía barajados y repartidos para un juego distinto, para una creación recomenzada...

Este idioma —esta pintura es un visible relato— se alcanzó a través de un camino esforzado, contradictorio, sugerido, confuso. Un camino semejante a la meta (o quizá no sea ésta aún la meta: aquí no es muy prudente hacer afirmaciones), sin eludir un tramo, ni un hallazgo, ni una vacilación, ni un recodo, ni un tropiezo esplendente. Es ir llegando —no ya llegar— lo que importaba aquí. Se daban por supuestas las soluciones, y como previas las impedimentas: habilidades técnicas, luces, matizaciones, manejos del color, ensayos, avideces, las imbricaciones del corazón con la geometría, la complicación del amor en las altas escalas de la nieve, la supervivencia ante el encuentro del paraíso aéreo (No terrenal, ya no: paraíso celeste).

Este paisaje, este idioma, esta alucinación existió alguna vez en un remoto Oriente. En Camboya quizá, dentro del arte jmer, en esos siglos medios en que Córdoba se adornaba para adornar al mundo. O acaso existirá cuando suceda algo que está por suceder. Aquí el tiempo no cuenta. Este paisaje, esta alucinación, este idioma reside entre la ruina y el proyecto, entre la profecía y la memoria. Quieto como un tapiz, me está mirando mientras yo lo miro; me está incesantemente previniendo («Voces que no entendemos nos advierten / de lo que no entendemos y nos mata»)...

Miro las frondas transidas de perennidad y nubes; la indiferencia eterna trepar, como una enredadera, por tapias avizores; derramar el olvido su luz mate por las vertiginosas escaleras; multiplicar los inasibles frutos su hermosa madurez sin dueño. Miro las imprevisibles perspectivas, la soledad, el reproche y la declaración de amor de la soledad y la felicidad navegando por el aire estancado. Miro el aire estancado. Miro la celeridad inmóvil. Miro el hermético jardín, los derrocados pasadizos. Miro, y veo mucho más de lo que miro.

A fuerza de serlo, esta pintura no es pintura ya. Es un ser vivo libre; un espacio habitable, mutante y enigmático. Su convivencia es un placer y un riesgo. Es una posibilidad independiente y súbita. Ha sido ya nacida: crecerá por sí misma. Nada tiene que ver con su pintor. El fue un espejo que atendía.